

Carlos Figueroa Ibarra*

PROTESTA POPULAR Y PROCESOS POLÍTICOS EN LA AMÉRICA LATINA ACTUAL

POR ALGUNA RAZÓN, no pocos estudios acerca de los procesos políticos en América Latina tienden a subestimar el rol de la sociedad civil, de las multitudes y de los levantamientos en dichos procesos. Hace algunos años, un académico estadounidense hizo tal reproche a los que se dedicaban a estudiar las transiciones a la democracia (Munck, 1991).

El último texto que he leído acerca del cual se puede hacer este reproche es el libro de Julio Cotler y Romeo Grompone dedicado al ascenso y caída del *fujimorato* (2000). El lector fácilmente advierte que, en el análisis, el descontento social es sólo el telón de fondo y, exceptuando una mención ocasional a la Marcha de los Cuatro Suyos (Cotler y Grompone, 2000: 62), la protesta popular aparece como un lejano y sordo murmullo.

Sin embargo, el rol de la protesta y del movimiento popular en la caída del *fujimorato* no puede ser desdeñado. Desde 1992 se produjeron marchas, manifestaciones y paros de carácter regional, en los que se exigía la reinstalación de los gobiernos regionales disueltos por Fujimori. Ante los rigores del autoritarismo fujimorista y de su política neoliberal,

* Sociólogo. Profesor Investigador en el Posgrado de Sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.

estudiantes demandaron respeto a la autonomía universitaria mientras trabajadores de la construcción, de la salud y maestros exigieron mejores salarios y condiciones de trabajo. Trabajadores petroleros, portuarios y telefónicos realizaron ambiciosas campañas nacionales en contra de las privatizaciones que obligaron al régimen a restringir el derecho constitucional al referéndum (Pole y Renique, 2001).

Al retomar las tradiciones de lucha popular acumuladas a lo largo de todo el siglo, en julio de 1999 la Central General de Trabajadores del Perú (CGTP) convocó a la primera Marcha de los Cuatro Suyos; en agosto de ese año ocurrieron nuevas protestas populares, y en enero de 2000, en el contexto del inicio de la campaña de Fujimori por un tercer mandato, sindicatos, confederaciones campesinas, organizaciones estudiantiles, frentes regionales y partidos políticos de la oposición reunieron a 30 mil personas en el centro de Lima. En marzo de ese año se realizó la segunda Jornada Nacional de Protesta y el Paro Cívico. En la noche del 6 de abril –cuando Fujimori resultó reelecto–, una concentración de 50 mil personas dio inicio a tres días de las más grandes manifestaciones que se habían visto en contra del régimen. El ascenso de la rebelión tuvo un punto culminante en la segunda Marcha de los Cuatro Suyos, en vísperas de la tercera asunción de Fujimori, en julio de 2000. La noche anterior a la inauguración del tercer mandato, una gran marcha reunió en las calles de Lima a unas 100 mil personas. En noviembre, con Fujimori fuera de Perú, se realizó exitosamente otra Jornada Nacional de Protesta seguida por una huelga campesina de 72 horas. Cuando Fujimori envió su renuncia desde Tokio, las organizaciones populares ya habían anunciado una huelga general que habría de iniciarse el 25 de noviembre (Pole y Renique, 2001).

ESTALLIDOS Y CICLOS DE PROTESTA POPULAR

Lo sucedido en Perú es uno de los momentos culminantes de la multitud en la historia reciente de América Latina. El primero de ellos parece ser el *Caracazo*, del 27 y 28 de febrero de 1989, cuando el anuncio de las medidas de austeridad económica inició lo que se ha llamado un *ciclo* u *ola* de protesta popular o social (López Maya, 1999; Salamanca, 1999). La rebelión que comenzó en Caracas pronto se extendió a otras ocho ciudades del interior del país, donde la población saqueó centros y establecimientos comerciales, construyó barricadas, cerró calles, quemó transportes colectivos, autos y neumáticos, y creó con ello un caos que sólo pudo ser contenido por un despliegue represivo que, en una semana, según cifras oficiales, mató a 300 personas (López Maya, 1999: 222). Pero tal contención no minó el clima de la rebelión en los años siguientes. Si en el período 1989-1990 se observaron 675 actos de protesta popular, tal cifra fue elevándose cada año hasta llegar a 1.096

en 1993-1994, para declinar luego a 561, 534 y 550 entre 1994 y 1997, respectivamente. Al menos hasta 1994, los cierres de calles, la toma de establecimientos y las marchas fueron las expresiones de lucha más observadas (López Maya, 1999: 223; Salamanca, 1999: 245).

El segundo momento notable en la historia de las luchas populares de la América Latina de los últimos años es el proceso desencadenado con el alzamiento zapatista de enero de 1994, en Chiapas. Acaso la clave del gran éxito del movimiento zapatista en el segundo lustro de la última década del siglo XX fue haberse reconvertido aceleradamente, de una guerrilla que buscaba el poder, en un vasto movimiento social de gran convocatoria. Puede decirse sin temor a equivocaciones que no ha habido guerrilla más exitosa en América Latina (lo que incluye a las FARC de Colombia con sus 20 mil efectivos y 60 frentes en todo el país) porque, habiendo realizado una precaria guerra de guerrillas de doce días, tuvo efectos políticos de gran envergadura.

Como sucedió en Venezuela, el alzamiento zapatista desencadenó un ciclo de protesta popular. Un cuidadoso registro de protestas populares observadas en México entre 1994 y 1999 ha contabilizado más de 82 mil acciones de lucha social (cartas, plantones, denuncias, bloqueos, boicots, marchas, enfrentamientos armados). Los datos de los autores permiten determinar que el número de acciones de lucha social contra el gobierno mexicano se elevó a 6.742 hechos durante 1994. En 1995 y 1996, tales hechos ascenderían aproximadamente a 12.140 y 12.221, lo que implicaría un crecimiento del 100% en relación con el año del levantamiento zapatista. La efervescencia popular disminuiría en un 20% en 1997 (9.818) y seguiría descendiendo hasta llegar en 1999 a los niveles de 1994 (6.345) (ERACMRI, 1999: 73-79).

El tercer momento cumbre de las luchas sociales más recientes en América Latina indudablemente es el *Argentinazo*, como coloquialmente se denomina a los levantamientos populares sucedidos en Argentina el 19 y 20 de diciembre de 2001. Se puede decir que dicho levantamiento fue la culminación de un ciclo acumulativo de extraordinarias experiencias de luchas populares contra las medidas de austeridad económica preconizadas por el neoliberalismo. Algunos autores consideran que un ciclo de protesta popular comenzó a partir de la *pueblada*¹ de Santiago del Estero el 16 de diciembre de 1993 (Laufer y Spiguel, 1999; Iñigo Carrera y Cotarelo, 1999). Pero otro autor (Federico Schuster) ha hecho un recuento de protestas que arrancan en 1989, en coincidencia con el inicio de la implantación franca del neoliberalismo en el país (Scribano, 1999: 50; Laufer y Spiguel, 1999: 15).

¹ En Argentina se le llama *pueblada* a las rebeliones masivas de carácter urbano (Laufer y Spiguel, 1999: 18 y 30).

Entre 1989 y 1996 se registraron 1.734 protestas, de las cuales el 51% tenía una matriz sindical (Scribano, 1999: 50; Laufer y Spiguel, 1999: 15). Entre 1989 y 1990 comenzaron a aparecer los saqueos; estos culminarían con el motín de Santiago del Estero en 1993, y abrirían paso a un ascenso de las manifestaciones de protesta callejera, que tendrían otros dos momentos climáticos en las *puebladas* de Cutral Co, Plaza Hincul (Neuquén) y Libertador General San Martín (Jujuy). Entre 1992 y 1999 se observaron nueve huelgas por rama a nivel nacional, generales a nivel provincial y generales a nivel nacional. En 1996 comenzaron a cobrar relevancia los cortes de ruta y aparecieron los *piqueteros* (grupos pequeños constituidos generalmente por desempleados) como principales protagonistas de dichos cortes (Iñigo Carrera y Cotarelo, 1999; Scribano, 1999: 53-55).

Es importante destacar que los cortes de ruta, una de las formas de lucha más importantes de los últimos años en Argentina, se realizaron en aquellas provincias y ciudades del país en las que el nivel de necesidades básicas insatisfechas (NBI), el déficit ocupacional y la desocupación eran significativos. La desocupación iba desde un 12,5% en Neuquén y Plottier hasta un 26,8% en el Gran Rosario, y pasaba por un 17 y 19% en el Gran Buenos Aires, Gran La Plata, Mar del Plata y Batán, Gran Córdoba, Jujuy y Palpalá, Bahía Blanca, Santa Fe y Santo Tomé. Las poblaciones con mayor número de cortes de ruta fueron también aquellas en las que el NBI alcanzaba porcentajes notables (entre el 25 y 48%): Cruz del Eje, Belén, Orán y Monteros. También fueron lugares en donde se observaron reducción en la participación electoral, mayor polarización social y privatizaciones de empresas públicas (Iñigo Carrera y Cotarelo, 1999; Scribano, 1999: 53-55).

El Argentinazo de diciembre de 2001 resulta notable, no sólo por tratarse del clímax de las luchas de obreros en activo y despedidos, empleados públicos despedidos, sectores populares afectados por las alzas de precios, contenciones salariales y privatizaciones, jubilados reducidos en su calidad de vida, sino porque, después de años de una hegemonía política sustentada en el control de la inflación y la paridad con el dólar (Bonet, 2002), las clases medias se unieron a la protesta con motivo de la retención de sus ahorros (el *corralito*). Esa alianza circunstancial de distintos sectores populares (*piqueteros* y *caceroleros*) en una *pueblada* de nivel nacional –independientemente de las provocaciones que haya montado el *menemismo*– convirtió a la creciente crisis económica en una significativa ingobernabilidad y en una afirmación de lo popular, después de décadas en las que esto había sido desmantelado, en el contexto de la guerra sucia observada entre 1976 y 1982².

2 Los distintos autores de los artículos que componen el Cuaderno N° 7 de la Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas (FISyP) en Buenos Aires coinciden en destacar

El cuarto gran momento de la sublevación popular en América Latina contra el neoliberalismo lo constituye el ciclo de luchas encabezadas por la Confederación de Nacionalidades Indígenas de Ecuador (CONAIE) y por el movimiento político Pachakutik. Al cerrarse en América Latina la etapa del capitalismo desarrollista sustentado en el mercado interno, en Ecuador se vivió lo que *mutatis mutandis* se ha vivido en otros países de la región. Los viejos actores del movimiento popular, movimiento obrero, campesinado, movimiento estudiantil y un abigarrado sector popular urbano vieron mermar su protagonismo, no sólo porque en términos políticos su fuerza menguaba por la ofensiva neoliberal, sino también porque en el plano de la estructura social comenzó a observarse una informalización que dio origen a nuevos sujetos sociales. La expresión más importante de la antigua constelación social, el Frente Unitario de Trabajadores (FUT), había conducido diez huelgas nacionales y dos paros cívicos del pueblo entre 1975 y 1982 (Moreano, 2004).

Es en este contexto que se empieza a observar un nuevo sujeto social aglutinado en torno al movimiento indígena, el cual desde mediados de los ochenta comenzó a tener presencia. En 1994 se produjo un levantamiento indígena contra la Ley de Fomento y Desarrollo Agropecuario. En 1997, este movimiento participó en la movilización que culminó en el derrocamiento de Abdalá Bucaram, y finalmente, a principios del año 2000, su protagonismo fue incuestionable en la sublevación que acabó con el gobierno de Jamil Mahuad (Moreano, 2004).

Puede aventurarse la interpretación de que, desde el año 2000 y hasta el presente (2005), se ha observado en Ecuador un ciclo de movilización que abarca a todos los sectores sociales afectados por las políticas neoliberales, pero que indudablemente ha tenido su epicentro en la CONAIE. En los años comprendidos entre el derrocamiento de Mahuad y la asunción a la presidencia de Lucio Gutiérrez, la CONAIE es referencia indispensable en todo ese proceso político. De igual manera, resulta incomprensible la profundización de la crisis política que culminó en la destitución de Lucio Gutiérrez en abril de 2005, si no se hace referencia a la salida del gobierno del movimiento político Pachakutik en agosto de 2003, ante el precoz giro a la derecha dado por el presidente Gutiérrez. En febrero de 2004, la CONAIE anuncia la primera jornada de movilización nacional contra el Tratado de Libre Comercio (TLC) y el ALCA y por la renuncia de Gutiérrez; en febrero de 2005, se observa la participación del movimiento Pachakutik en la convocatoria a la marcha que concentró a más de 200 mil personas; en

meritoriamente y no peyorativamente esta participación de las clases medias en el Argentinazo y en resaltar el flujo popular después de que este fuera cortado por la guerra sucia (Gambina et al., 2002).

ese mismo mes, la CONAIE anuncia las “Movilizaciones por un Ecuador Plurinacional” y por impedir la puesta en marcha del TLC, el Plan Colombia y un plan de privatizaciones.

Obviamente, la destitución de Gutiérrez no puede adjudicarse solamente a la ruptura del pacto político que lo había llevado a la presidencia. Sin embargo, es indudable que dicha ruptura explica una política de alianzas hacia la derecha, aun con el desprestigiado ex presidente Bucaram, para poder mantener la gobernabilidad. Esta política de alianzas lo llevó, en diciembre de 2004, a cesar en sus funciones a la Corte Suprema de Justicia, modificar la constitución del Tribunal Supremo Electoral y el Tribunal Constitucional, volver a disolver la Corte Suprema en abril de 2005 y finalmente decretar el estado de emergencia en Quito (lo que implicaba la suspensión de garantías constitucionales). Todas estas medidas le granjearon la oposición no solamente de la CONAIE y de Pachakutik sino también de una amplia gama de la clase política ecuatoriana³.

Finalmente, es preciso destacar que el quinto gran momento de la rebelión popular en América Latina lo constituye Bolivia, que comenzó en abril de 2000 con la “Guerra del Agua” y que ha tenido su último episodio relevante con la caída del presidente Carlos Mesa en abril de 2005. En un proceso de ascenso de luchas de masas que culminaría en la llamada “Guerra del Gas”, en septiembre-octubre de 2003, campesinos, mineros, estudiantes aglutinados en la Central Obrera Boliviana (COB) y la organización de los coccaleros con dirigentes de reivindicaciones étnicas y clasistas como Evo Morales y Felipe Quispe lograron detener la entrega del gas natural a consorcios extranjeros y obligaron a la renuncia del presidente Gonzalo Sánchez de Lozada.

El movimiento pluriclasista no puede ser reducido a una demanda de carácter nacionalista (la defensa de un recurso natural, el gas). En realidad, la rebelión es el resultado de años de medidas neoliberales que, al igual que en toda la región, castigaron notablemente a los sectores populares. Pero lo que resulta verdaderamente impactante en el caso boliviano es el largo alcance de una crisis social y un proceso político que ha estado determinado por la protesta popular. A lo largo de los últimos cinco años, un conjunto abigarrado de diversos sujetos colectivos ha influido poderosamente en lo que sucede en el Estado y la política en ese país. Tan heterogéneo es ese conjunto de sujetos sociales y políticos que algún analista boliviano no ha vacilado, siguiendo a Antonio Negri, en denominarlo “multitud” (Prada Alcoreza, 2004).

3 La información sobre Ecuador ha sido tomada de las siguientes fuentes: Minga Informativa de los Movimientos Sociales, (2004; 2005); Ferrari, (2004); Rolong, (2005); Tamayo G., (2005a; 2005b; 2005c; 2005d; 2005e); Burch, (2005).

Con la Guerra del Agua, comenzada en abril de 2000, el movimiento popular logró la salida de la transnacional del agua y la anulación del proyecto para privatizar dicho recurso. Con la Guerra del Gas, en octubre de 2003, la sublevación logró la renuncia del símbolo del gobierno neoliberal, Gonzalo Sánchez de Lozada, y la derogación de la ley de hidrocarburos. Finalmente, con un tercer momento cumbre en junio de 2005, la movilización popular derribó el gobierno de Carlos Mesa.

Se trata pues de grandes cúspides, algunas no circunscriptas a un evento particular, sino al entrelazamiento de varios eventos a lo largo de varios años, como ha sucedido en Bolivia y Ecuador. Sin embargo, la visibilidad de estos hechos no nos debe llevar a perder de vista lo que sucede en otros lugares de la región.

NEOLIBERALISMO Y PROTESTA POPULAR

En Guatemala, la guerra sucia destruyó o debilitó el tejido social de la resistencia antineoliberal. En la década del setenta, se desarrolló un notable movimiento popular articulado en torno a lo sindical, sin el cual resulta inexplicable el alzamiento guerrillero posterior. Cuando las medidas neoliberales empezaron a implantarse en el país, tal movimiento había sido desarticulado mediante el terrorismo de Estado más cruento de América Latina. Los años noventa observaron un crecimiento del movimiento de los pueblos indígenas y de los derechos humanos, mientras el movimiento sindical no se recuperaba del descabezamiento observado años atrás (Figueroa Ibarra, 1999).

Entre 1982 y 1983, no quedaba mucho de la red de organizaciones sindicales, campesinas y populares que se habían convertido en las protagonistas de la vida política en la década anterior. No obstante, hubo destellos de protesta popular que resultan significativos si recordamos que se daban en un contexto fuertemente represivo: la huelga de los trabajadores municipales de 1982 (Castañeda, 1993: 278), el amplio y explosivo movimiento contra el alza del transporte urbano de septiembre de 1985, la huelga de miles de trabajadores del Estado en 1987 (Figueroa Ibarra, 1999: 133 y 136) y la gran huelga de cortadores de caña en 1989 (Bastos y Camus, 2003: 31). Durante todos estos años, se observó en Guatemala una suerte de democracia restringida. Esto significa que, aunque el nivel de represión había disminuido relativamente y las fuerzas armadas se habían retirado del gobierno del Estado, los aparatos del terror continuaban actuando y los militares tutelaban a los civiles en la conducción estatal.

Ciertamente, la acentuación de la injusticia provocada por el neoliberalismo generaba estallidos de cólera popular, pero en el caso centroamericano, y en particular en el guatemalteco, por las razones apuntadas, acaso habría que descartar en el inicio de la posguerra el

patrón de protestas que pudo observarse en el Caracazo de febrero de 1989 (Figueroa Ibarra, 1999: 142 y 145). Esto fue cierto en el contexto inmediato de la posguerra, cuando el resarcimiento de las víctimas de las violaciones a los derechos humanos que se cometieron durante los años de la guerra y la reivindicación de los derechos de los pueblos indígenas (principales víctimas de dichas violaciones) pasaron a un primer plano. Sin embargo, a principios del siglo XXI, observamos en Guatemala una compleja interrelación entre lo étnico y lo clasista, entre lo étnico y la reivindicación de los derechos humanos. Más aún, las demandas laborales han aumentado su importancia y el cuadro empieza a tener, *mutatis mutandis*, algún parecido con lo que se observó en la década del setenta. Todo aquel que lea crónicas de las luchas populares en los últimos tiempos en Guatemala (OSAL, 2003; GHRC-USA/FHRG/Fundación Rigoberta Menchú Tum/RPDG, 2003) advertirá una creciente movilización social que tiene al menos cuatro objetivos: luchas campesinas por la tierra (ocupaciones), luchas salariales, luchas contra las privatizaciones de los servicios de salud y educación, y luchas contra las implicaciones que tienen los diversos proyectos imperiales sobre la región centroamericana (TLC y Plan Puebla Panamá) (Figueroa Ibarra, 2004).

En Colombia, las medidas precursoras del neoliberalismo ensayadas durante el gobierno de Alfonso López Michelsen (1974-1977) provocaron el Paro Cívico Nacional de 1977. Este inició un ciclo de protesta popular que tendría en 1978 su momento climático, por el número de huelguistas (el mayor de dicha década) y por el número de paros cívicos, el más alto registrado entre 1958 y 1981. Sin embargo, en la década del ochenta, pese a las medidas de carácter neoliberal que comenzó a tomar el gobierno de Belisario Betancur, probablemente debido a la escalada de violencia, la protesta popular no adquirió los niveles de 1977 y 1978. Aun así, pese a la ausencia de paros cívicos –como los observados entre 1977 y 1978– en el quinquenio 1981-1985 el número de huelguistas para cada año estuvo entre los 700 y casi 900 mil. Entre 1988 y 1991, se observó otro repunte huelguístico que involucró anualmente entre 900 mil y más de un millón de huelguistas, para decrecer en un 50% en los años siguientes (Medina, 1999: 113-114 y 123).

Así pues, desde los albores del neoliberalismo, sus rigores provocaron todo tipo de actos de resistencia. Los contextos y causas desencadenantes fueron diversos en los países de la región. En México, Venezuela, Argentina, Chile y Uruguay resulta evidente que el neoliberalismo desmanteló beneficios sociales y calidad de vida propios de la versión latinoamericana del Estado benefactor. El anuncio de medidas de austeridad y encarecimiento de la vida, por un presidente que como candidato había ofrecido lo contrario, precipitó el Caracazo en Venezuela

y el inicio de las *puebladas* en Argentina. La confiscación temporal de cuentas bancarias desencadenó el Argentinazo de 2001. El anuncio de que Fujimori se reelegiría por tercera vez inició el ascenso de la protesta popular en Perú. La reforma del artículo 27 de la Constitución, que daba por finalizado el reparto agrario y permitía la venta y la renta del ejido, fue uno de los hechos que alentaron la rebelión zapatista en Chiapas, en 1994.

Dos autores, Walton y Shefner, constataron que entre 1976 y 1989 se observaron en la región 80 campañas de protesta contra la austeridad (Almeida, 2001: 1). En el período comprendido entre 1996 hasta agosto de 2001, la revisión de algunos diarios latinoamericanos y estadounidenses dio cuenta de 281 campañas y 969 protestas en toda la región (Almeida, 2001: 1)⁴. Las proporciones de tales campañas tuvieron un comportamiento oscilatorio, con cúspides que significativamente son cada vez más grandes que la anterior, en 1997, 1999 y 2000. De igual manera, el epicentro de las protestas pasó de Perú, Argentina, República Dominicana, Brasil, Bolivia y Venezuela, en los ochenta y principios de los noventa, hacia Ecuador, Colombia, Honduras, Nicaragua y El Salvador, entre 1996 y 2001 (Almeida, 2001: 5-6). Podemos aventurar la hipótesis de que para el primer lustro del siglo XXI ese epicentro ha estado en Argentina y se ha trasladado a Bolivia y Ecuador.

NUEVOS ACTORES, NUEVAS FORMAS DE LUCHA

Ciertamente nuevos actores y nuevas expresiones de lucha han surgido en todo este proceso. El dismantelamiento de industrias y el decaimiento de productos de primoexportación han hecho desaparecer a antiguos sujetos. El mercado del narcotráfico hizo surgir a otros.

En Bolivia, en el Chapare, la población pasó de 5 a 35 mil familias (unas 200 mil personas) en veinte años, que viven de la producción y comercialización de la coca. El incremento poblacional se nutrió de los masivos despidos en las minas –los legendarios mineros bolivianos prácticamente han desaparecido–, de la población campesina expulsada por las sequías en las altas mesetas en Los Andes, y de los contingentes de desocupados que las ciudades expulsaron⁵. Esta multitud abigarrada ha constituido a los *cocaleros*, que han sido en los noventa

4 El autor del trabajo que consigna estos datos define a las campañas como luchas extensas contra una política específica de austeridad y a la protesta como los sucesos individuales que se observan en una campaña (marchas, cortes de ruta, huelgas, etcétera).

5 La desaparición de los mineros del estaño debe ser matizada, puesto que formas de empleo minero parecen continuar en Bolivia. En la Guerra del Gas, las noticias nos informan de la presencia de mineros en la rebelión. Se trata, según una comunicación oral al autor de Álvaro García Linera, de mineros que trabajan por su cuenta.

uno de los ejes del movimiento popular boliviano (Gironda C., 2001: 393-399). Los *cocaleros* del Putumayo, Guaviare y de la Baja Bota Cauca, en Colombia, han encabezado un fuerte movimiento para que los reconozcan como movimiento social y no como simples delincuentes (Ramírez, 2001).

Surgido de tradiciones de lucha campesina desde los años setenta, nutrido con ex obreros industriales que perdieron su trabajo y con marginales residentes en las periferias urbanas, el Movimiento de los Sin Tierra (MST) se convirtió desde los años noventa en la parcela más conocida e influyente del movimiento social brasileño.

En Ecuador, en los últimos años del siglo XX, las distintas etnias agrupadas en la CONAIE se consolidaron como el epicentro de una poderosa fuerza social que debió ser tomada en cuenta para restablecer la gobernabilidad. A partir del segundo lustro de los ochenta, como ya se ha dicho, el movimiento étnico resultó ser la gran novedad en Guatemala, como también sucedió con los mapuches en Chile.

Ex obreros y ex mineros convertidos en luchadores agrarios, trabajadores rurales y marginales urbanos con demandas campesinas, burócratas, estudiantes, pueblos indígenas, desempleados, ambientalistas, mujeres: tales son algunos sujetos del abigarrado movimiento de protesta social en América Latina. Las formas de expresión de la protesta incluyen también novedades, además de los ya antiguos *cacerolazos*: marchas a caballo y con machetes que evocan al imaginario zapatista y villista, tambores y cornetas propias de las porras deportivas, crucifixiones, desnudamientos públicos, perforaciones de piel y extracciones de sangre, ollas populares, marchas del silencio, *apagones*, *bocinazos*, misas, procesiones y rezos, marchas carnavalescas, todas ellas manifestaciones lúdicas que se alternan con el drama de los motines, rebeliones, cortes de ruta, huelgas y la represión del Estado que las suceden.

En medio de todo, esta diferenciación, drama y manifestaciones lúdicas, los obreros parecen seguir jugando un papel significativo. Entre las 281 campañas de protesta contra la austeridad observadas entre 1996 y 2001, el sujeto más activo fue la clase obrera con su participación en el 56% de dichas campañas (Almeida, 2001).

PROTESTA POPULAR Y PROCESOS POLÍTICOS

La abigarrada composición, su desigual nivel de propuesta política alternativa y la rebelión popular han tenido un desigual efecto político y social en las distintas sociedades en las que se han observado.

El alzamiento zapatista en Chiapas tuvo entre sus consecuencias un nivel de dotación de tierras sin precedentes en una región en la que la reforma agraria se había escamoteado o aplicado con morosidad: en

1994, las organizaciones campesinas tomaron 698 predios de entre 2 y 33 hectáreas, y entre 1995 y 1996, las autoridades agrarias tuvieron que entregar más de 250 mil hectáreas invadidas a través de la indemnización de sus antiguos propietarios. Los efectos del alzamiento zapatista también cambiaron la geografía electoral a nivel municipal en las regiones aledañas al levantamiento y, pese a que después el zapatismo pregonó el abstencionismo electoral, lo que facilitó al partido gobernante –Partido Revolucionario Institucional (PRI)– retomar el control, lo hizo con un número de votos cada vez más reducido (París Pombo, 2001).

En Brasil, los efectos del crecimiento del MST también son impresionantes. Entre 1974 y 1984, el país observó 115 asentamientos, mientras que entre 1985 y 1989 tal cifra se elevó a 615, para disminuir a 478 en el quinquenio siguiente y subir a 2.750 entre 1995 y 1999, totalizando casi 4 mil asentamientos rurales en el período (Mançano Fernandes, 1999; Souza, 1999).

Si bien el proceso de constitución programática de los movimientos populares en América Latina es incompleto, no pueden desdeñarse sus impactos políticos. En Venezuela, el Caracazo abrió un ciclo de protesta popular que puso en crisis terminal al sistema de partidos políticos y a la institucionalidad acordada en el Pacto de Punto Fijo de 1959, además de abrirle el paso al fenómeno del *chavismo*. En Ecuador, el movimiento de los pueblos indígenas ha derrocado o contribuido a la renuncia o destitución de varios presidentes y generó una crisis de gobernabilidad que obligó a la Casa Blanca a intervenir para frenar un proceso de consecuencias impredecibles.

Detrás del triunfo del entonces coronel Lucio Gutiérrez en las elecciones presidenciales de fines de 2002 se encuentra la notable movilización social generada por la CONAIE. Como también detrás de su destitución en 2005 se encuentra la crisis de gobernabilidad que se empezó a observar en ese país a partir de su ruptura con la CONAIE y con Pachakutik. En Perú, el movimiento popular fue un factor no desdeñable en el fin del *fujimorato*. En Argentina, la creciente protesta popular desde 1993 precipitó la primera caída del arquitecto del neoliberalismo, Domingo Cavallo, en 1996; terminó con la presidencia de De la Rúa y de Rodríguez Saá; y generó un proceso en el cual la legitimidad de la mayoría de los partidos políticos y del Estado se puso en entredicho. El gobierno de Néstor Kirchner y su tímido deslinde en relación a las políticas económicas de los anteriores gobiernos es inexplicable sin la rebelión de diciembre de 2001. En México, el zapatismo marcó el principio del fin de la hegemonía del *salinato* y, junto a la oposición de izquierda y de derecha, fue un factor sin el cual no se explica la conclusión de las siete décadas de hegemonía priísta.

DEMOCRACIA, NEOLIBERALISMO Y CONTINUIDAD DE LA PROTESTA POPULAR

Cabe iniciar la parte final de este trabajo planteando que las esperanzas puestas a fines de los años setenta en la democracia representativa, como “forma óptima de la dominación burguesa” en América Latina, no se vieron cumplidas (O'Donnell, 1997: 72 y 88).

En un mundo globalizado en el cual la soberanía es redefinida incluso en los países centrales, la reivindicación de la nación, que las políticas económicas de las dictaduras militares habían desvirtuado, no se observó. Más aún, al profundizar las políticas económicas neoliberales, las democracias representativas surgidas en la región profundizaron su desmantelamiento.

El balance de la restauración de la ciudadanía en el contexto de los regímenes posdictatoriales también es magro. El surgimiento de nuevas formas de autoritarismo que se visten de democracia, la persistencia de la represión política, sobre todo en los momentos de rebelión, la existencia de *poderes invisibles* (narcotráfico y resabios de la guerra sucia), las institucionalidades informales que desvirtúan a las formales, la intensificación de las ausencias estatales merced al neoliberalismo, el surgimiento de poderes y actos de justicia informales en campos y ciudades, el crecimiento desenfrenado de la pobreza urbana y rural, el incremento del crimen organizado y la delincuencia común en los cascos urbanos, el énfasis en el recurso punitivo para frenar la delincuencia, la demanda de significativos sectores sociales para que los derechos ciudadanos se maten en el caso de los delincuentes son todos factores de violencia y *desciudadanización* para la mayor parte de la población en América Latina.

Ciertamente, como hemos intentado demostrar en este trabajo, lo popular es un hecho crecientemente significativo en la región. Pero esta presencia creciente no necesariamente se da en un juego de interlocución que provee al Estado de insumos para negociar la satisfacción de la “justicia sustantiva”. Más bien lo popular está surgiendo en América Latina en el contexto de un creciente y contradictorio espíritu antiestatal y antipartidos políticos y en el marco de dificultades cada vez mayores del Estado para resolver las demandas sociales. “Que se vayan todos” dicen en Argentina, y no faltan los que se denominan “autoconvocados” en rechazo a todas las organizaciones políticas y sociales (Barrios, 2001). Falta ver si este rechazo es consistente, si deriva en una creciente crisis de representación, en la cual los sujetos sociales emergentes no se reconocen en los partidos políticos y desprecian a las clases políticas. O, como ha sucedido en ocasiones anteriores, no implica forzosamente una reformulación del sistema de partidos políticos. La historia reciente presenta ejemplos ambiguos. El rechazo

a la clase política en Argentina, que se observó durante la rebelión de 2001 y en los meses que le siguieron, no necesariamente se tradujo en abstencionismo o voto en blanco en las elecciones presidenciales de 2003. El peronismo se encuentra dividido en diversas fracciones, pero es a través de estas o de movimientos políticos como el que encabeza Elisa Carrió que las fuerzas sociales buscan incidir en el proceso político argentino. En Venezuela, en cambio, la protesta popular tuvo su continuidad con la crisis de los partidos políticos tradicionales y el surgimiento de una fuerza política nueva, de gran arraigo popular y también, al mismo tiempo, de matices autoritarios. En Bolivia, la protesta popular ha actuado alternativamente como acotamiento desde abajo a las políticas neoliberales, pero también ha tenido expresión en la política institucionalmente establecida a través de la participación en las elecciones del Movimiento al Socialismo y de las candidaturas presidenciales de Evo Morales.

Es imprescindible mencionar la novedad de la protesta popular en América Latina en cuanto a sujetos y formas de lucha. Pero como justamente ha sido señalado (Pole y Renique, 2001), también resulta imprescindible no exagerarla. Detrás de las grandes movilizaciones populares en Perú que culminaron con la caída de Fujimori, se encuentra la recuperación de una larga trayectoria de la izquierda peruana que arranca desde los años veinte (Pole y Renique, 2001). Las grandes marchas cocaleras en Bolivia se nutren de la vigorosa experiencia sindical y de lucha de los ya prácticamente desaparecidos mineros, lo que se expresa en la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB). Las asambleas populares, la revocabilidad, el rendimiento de cuentas, formas de democracia directa y organización de los *piqueteros* en Argentina provienen de las mejores tradiciones del movimiento obrero (Laufer y Spiguel, 1999). Detrás del MST en Brasil, se encuentran la acumulación de la memoria de las luchas campesinas, metalúrgicas y de las comunidades eclesiales de base, y no es una casualidad que los referentes político-ideológicos e íconos de dicho movimiento sean Ernesto “Che” Guevara, Mao Tse Tung, Fidel Castro, Lenin y Marx (Souza, 1999).

Aun en medio de grandes rupturas con el pasado, no es posible negar matrices y raíces de ciertos movimientos sociales. El zapatismo es el resultado de un movimiento guerrillero que nació recuperando las tradiciones y líneas ideológicas de las insurgencias de los años sesenta y setenta (Tello Díaz, 2000). La eclosión del movimiento étnico en Guatemala a partir de los noventa resulta inexplicable sin la labor organizativa de las organizaciones revolucionarias o insurgentes de la segunda mitad del siglo XX y sin la gran rebelión campesina que dichas organizaciones encabezaron entre 1979 y 1981.

Concluimos pues que la continuidad en lo popular, en medio de sus novedades, es un reflejo de la persistencia de los grandes conflictos políticos y sociales de la región que se observan pese a las transiciones desde las dictaduras militares. La institucionalidad posdictatorial en América Latina está en crisis, porque la democracia política que sucedió a las dictaduras no ha podido resolver lo popular.

Y seguirán sucediéndose trances semejantes a los que estamos observando mientras este hecho no tenga una resolución sustancial.

BIBLIOGRAFÍA

- Almeida, Paul 2001 “Los movimientos populares contra la austeridad económica: América Latina 1996-2001”, Congreso de LASA, Washington DC, 6-8 de septiembre, mimeo.
- Barrios, María Gabriela 2001 “El ejercicio de la violencia legítima en el Estado neoliberal. La represión al movimiento de protesta social, el caso de Corrientes”, XXIII Congreso de ALAS, Antigua, 29 de octubre-2 de noviembre, mimeo.
- Bastos, Santiago y Camus, Manuela 2003 *CONIC. 11 años de lucha por el rescate de la Cultura Maya y la Madre Tierra* (Guatemala: CONIC/HIVOS).
- Bonet, Alberto 2002 “Proyecto de investigación de Tesis de Doctorado”, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, mimeo.
- Burch, Sally 2005 “Quito: desobediencia civil” en Servicio Informativo ALAI-anlatina, Agencia Latinoamericana de Información ALAI, 16 de marzo. En <<http://alainet.org>>.
- Castañeda, Gilberto 1993 “Panorama después de la tempestad: el movimiento sindical y popular en la década de los ochenta” en Vilas, Carlos (coord.) *Democracia emergente en Centroamérica* (México DF: UNAM).
- Cotler, Julio y Grompone, Romeo 2000 *El fujimorismo. Ascenso y caída de un régimen autoritario* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos).
- ERACMRI-Espacio de Reflexión y Acción Conjunta Militarización, Represión e Impunidad 1999 “El costo humano de la guerra de ‘exterminio selectivo’ en México: 1994-1999. Avance exploratorio analítico de las luchas sociales” en *Cuaderno de reflexión y acción no-violenta* (México DF) N° 3, verano.

- Ferrari, Sergio 2004 “Entrevista a Luis Macas, dirigente de Pachakutik” en SERPAL, Servicio de Prensa Alternativa, 26 de febrero. En <www.serp.al.info>.
- Figueroa Ibarra, Carlos 1999 “Paz, neoliberalismo y protesta popular en Guatemala” en López Maya, Margarita (ed.) *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años de ajuste* (Caracas: Nueva Sociedad).
- Figueroa Ibarra, Carlos 2004 “Protesta popular y cooptación de masas en Guatemala” en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* (Caracas) Vol. 10, N° 1, enero-abril.
- Figueroa Ibarra, Carlos 2006 “Protesta popular y conflicto en la Guatemala de la posguerra” en Caetano, Gerardo (comp.) *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).
- Gambina, Julio et al. 2002 *Rebeliones y puebladas* (Buenos Aires: FISyP-Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas) Cuaderno N° 7, 2° Serie.
- GHRC-USA-Comisión de Derechos Humanos de Guatemala en los Estados Unidos/FHRG-Fundación para los Derechos Humanos de Guatemala/Oficina de Nueva York de la Fundación Rigoberta Menchú Tum/RPDG-Red por la Paz y el Desarrollo de Guatemala 2003 “Guatemala: la corrupción del Estado y la sociedad. Un análisis político de la situación de derechos humanos”, Guatemala, mayo, mimeo.
- Gironda C., Eusebio 2001 *Coca inmortal* (La Paz: Plural).
- Iñigo Carrera, Nicolás y Cotarelo, María Celia 1999 “Formas de la protesta social en la Argentina de los 90”, XXII Congreso ALAS, Concepción, 12-16 de octubre, mimeo.
- Laufer, Rubén y Spiguel, Claudio 1999 “Las ‘puebladas’ argentinas a partir del ‘santiagueño’ de 1993. Tradición histórica y nuevas formas de lucha” en López Maya, Margarita (ed.) *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años de ajuste* (Caracas: Nueva Sociedad).
- López Maya, Margarita 1999 “La protesta popular venezolana entre 1989 y 1993 (en el umbral del neoliberalismo)” en López Maya, Margarita (ed.) *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años de ajuste* (Caracas: Nueva Sociedad).

- Mançano Fernandes, Bernardo 1999 “La territorialización del Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra en Brasil (MST)” en López Maya, Margarita (ed.) *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años de ajuste* (Caracas: Nueva Sociedad).
- Medina, Medófilo 1999 “El neoliberalismo en Colombia y las alternativas de las luchas sociales 1975-1998” en López Maya, Margarita (ed.) *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años de ajuste* (Caracas: Nueva Sociedad).
- Minga Informativa de los Movimientos Sociales 2004 “Nos equivocamos con Lucio Gutiérrez”, 16-17 de febrero.
En <<http://listas.movimientos.org/listas/info/pasavoz>>.
- Minga Informativa de los Movimientos Sociales 2005 “Manifiesto de la CONAIE en Riobamba”, 16 de febrero.
En <<http://listas.movimientos.org/listas/info/pasavoz>>.
- Moreano, Alejandro 2004 “Lucha social e izquierda en el Ecuador”, Encuentro Nacional por la Paz y la Democracia, Quetzaltenango, 8-10 de octubre, mimeo.
- Munck, Gerardo 1991 “Social movements and democracy in Latin America. Theoretical debates and comparative perspectives”, XVI International Congress of LASA, 4-6 de abril, Washington DC, mimeo.
- O’Donnell, Guillermo 1997 *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización* (México DF: Paidós).
- OSAL 2003 “Cronología de protestas y movimientos sociales en Guatemala (enero-agosto de 2003)” (Buenos Aires: CLACSO).
- París Pombo, María Dolores 2001 “Violencia institucional y derechos indígenas en Chiapas”, XXIII Congreso de ALAS, Antigua, 29 de octubre-2 de noviembre, mimeo.
- Pole, Deborah y Renique, Gerardo 2001 “Movimiento popular, transición democrática y la caída de Fujimori”. En <www.ndes.Missouri.edu/Especiales/DPGRCaidaFujimori.html>.
- Prada Alcoreza, Raúl 2004 *Largo octubre* (La Paz: Plural).
- Ramírez, María Clemencia 2001 “Construction and contestation of criminal identities: the case of the cocaleros in the Putumayo and Baja Bota of Cauca”, Congreso de LASA, Washington DC, 6-8 de septiembre, mimeo.

- Rolong, Jairo 2005 “Ecuador: nueva conducción de la CONAIE” en Servicio Informativo ALAI-anlatina, Agencia Latinoamericana de Información ALAI, 14 de febrero. En <<http://alainet.org>>.
- Salamanca, Luis 1999 “Protestas venezolanas en el segundo gobierno de Rafael Caldera: 1994-1997” en López Maya, Margarita (ed.) *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años de ajuste* (Caracas: Nueva Sociedad).
- Scribano, Adrián 1999 “Argentina ‘cortada’: cortes de ruta y visibilidad social en el contexto de ajuste” en López Maya, Margarita (ed.) *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años de ajuste* (Caracas: Nueva Sociedad).
- Souza, María Antonia de 1999 “MST: después de la conquista de la tierra, la lucha contra la exclusión social”, XXII Congreso ALAS, Concepción, 12-16 de octubre, mimeo.
- Tamayo G., Eduardo 2005a “Ecuador: multitudinaria marcha contra Gutiérrez” en Servicio Informativo ALAI-anlatina, Agencia Latinoamericana de Información ALAI, 16 de febrero. En <<http://alainet.org>>.
- Tamayo G., Eduardo 2005b “Ecuador: enfrentamiento político sin salida” en Servicio Informativo ALAI-anlatina, Agencia Latinoamericana de Información ALAI, 11 de marzo. En <<http://alainet.org>>.
- Tamayo G., Eduardo 2005c “Ecuador: que se vayan todos” en Servicio Informativo ALAI-anlatina, Agencia Latinoamericana de Información ALAI, 13 de marzo. En <<http://alainet.org>>.
- Tamayo G., Eduardo 2005d “Ecuador: resistencia a medidas dictatoriales” en Servicio Informativo ALAI-anlatina, Agencia Latinoamericana de Información ALAI, 18 de marzo. En <<http://alainet.org>>.
- Tamayo G., Eduardo 2005e “Ecuador: cayó Gutiérrez” en Servicio Informativo ALAI-anlatina, Agencia Latinoamericana de Información ALAI, 20 de marzo. En <<http://alainet.org>>.
- Tello Díaz, Carlos 2000 *La rebelión de las Cañadas. Origen y ascenso del EZLN* (México DF: Cal y Arena).

